



TESTIMONIOS

Se estima que son alrededor de 500.000 las personas que cruzan México cada año. Huyen del denominado Triángulo Norte de Centroamérica: Guatemala, El Salvador, Honduras, una de las regiones más violentas del planeta.

MSF lleva trabajando con emigrantes en México desde 2012, a los que ofrece servicios médicos básicos y de salud mental, en diferentes albergues en la ruta. Nuestros equipos han podido documentar un patrón de desplazamiento violento, persecución, violencia sexual y repatriación forzada entre ellos. Si hablamos de números, no estamos lejos de lo que se podría esperar en un conflicto clásico en cuanto a heridos en una violencia que se inicia en el país de origen y que fuerza a la gente a huir y que luego se replica en el camino mexicano, en el que los emigrantes afrontan abducciones, extorsiones, violencia sexual, tortura y ejecuciones. Son víctimas perfectas de redes criminales, que en muchas ocasiones actúan con la complicidad de las autoridades nacionales.

Descarga de fotografías: <https://media.msf.org/Share/g2u3d4kg3dc627110f80175j45oqq5k3>

COATZACOALCOS (sur de México)

En la Casa del Migrante y a pie de vía, en Coatzacoalcos, Veracruz, un equipo de MSF asegura asistencia médica y atención en salud mental a cientos de migrantes y refugiados que a diario arriban a esta ciudad conocida como un lugar de paso donde los viajeros suelen tomar un descanso antes de continuar su viaje a bordo de la Bestia. Estos son algunos de los relatos que a diario recogen nuestros equipos:

Doris, 48 años, Honduras

Fotografía: MSF 253469

“Hoy llegué a Coatzacoalcos, me vine en bus. Estoy esperando en el albergue a mi familia que viene en el tren. En Honduras las maras están pesadas, lo amenazan a uno, por eso nos tuvimos que venir. Allá nos pican, nos echan en bolsas negras y nos botan como si fuéramos animales. Golpearon a uno de mis hijos. Él se tuvo que quedar allá porque su esposa está embarazada.

En el camino nos vienen extorsionando, como no somos de aquí nos piden dinero para todo, nos quitan lo poco que traemos. Cuando venía para acá me quitaron mi dinero. Me dijeron que en San Luis Potosí puedo encontrar trabajo. Quiero juntar dinero y ver si me puedo ir a Estados Unidos. Me siento cansada y tengo miedo que me deporten.

Ángel, 27 años, Honduras

Fotografía: MSF 253447

Ángel viaja con su niño de tres años. "Allá hay mucha delincuencia. A los niños les dan armas. Él es muy listo y las maras se aprovechan de eso. Si ven a niños que les pueden servir, vienen y te los quitan.

Llevamos dos semanas caminando desde la frontera. En México ha sido difícil, te quitan el dinero. Ayer agarramos el tren, llovió mucho y pasamos frío pero tenemos que aguantar. El niño se enfermó, tiene dos días con fiebre, vómito y gripe. Quiero una vida normal para él. Espero poder quedarme en México, conseguir trabajo y después irme a Estados Unidos".

Esly, 26 años, Honduras

Fotografía: MSF 253416

"Gracias a Dios todavía no nos pasado nada. En Honduras hay mucha delincuencia y no nos dejaban en paz. Nos amenazaron y tuvimos que salir. Agarramos el tren con el niño y nos venimos en familia para cuidarnos entre nosotros porque sabemos que es peligroso".

José Alberto, 38 años, Honduras

Fotografía: MSF 253417

Me vine porque estaba amenazado por las pandillas. No hay empleo y está muy pesada la corrupción. Mataron a tres de mis hermanos. Mi hermana está pidiendo asilo con sus hijos. También están amenazados. Tengo una esposa y tres hijos. Se quedaron allá. Cuando me fui, me fui llorando. Mi plan es llegar a Estados Unidos, depende de cómo nos trate el camino. Esta no es la primera vez que lo intento. Hace cuatro años intenté cruzar pero me secuestraron en el norte de México. Estuve encerrado siete días hasta que logré escapar y pedir ayuda.

Me llevaron por unos túneles. Me tenían sin comer, ni beber nada. Pidieron un rescate a mi familia, mi hermano consiguió el dinero, les pagó pero no me soltaron. Tengo miedo ahora que voy para arriba. Me robaron al inicio del viaje. Me gustaría juntar dinero y regresar por mi familia, poner un negocio y que mis hijos sigan estudiando.

Mayelli, 24 años, Honduras

Fotografía MSF253432

Tenía dos años cuando mataron a mi mamá. Me adoptaron unos parientes pero abusaban de mí. Me violaron varias veces. Cuando estaba más joven me empecé a juntar con las maras. Así fue como conocí a mi esposo.

Tuve a mi hijo con él y empecé un negocio. Soy comerciante, me la he sabido jugar sola con lo poco que he tenido. Con el negocio mantenía mi casa hasta que un día, mi esposo se llevó todo lo que pudo. Lo denuncié pero él me amenazó. Me quiso matar. Estaba muy deprimida, me quise suicidar. Un día me levanté, agarré mis cosas y me vine con 82 dólares en la bolsa. Quiero conseguir trabajo en Estados Unidos.

NUEVO LAREDO (frontera norte)

Testimonio de migrante de Honduras

Traía el pie lastimado cuando me subí al tren. Estaba de camino a Nuevo Laredo, muy cerca de la frontera norte, cuando me secuestraron. Le pidieron a mi familia 15 mil dólares para

liberarme. Como mi familia no tenía dinero me metieron a una bodega. Estuve un mes ahí hasta que logré escapar.

Mi pie estaba muy inflamado y negro. Fui a un hospital público pero no me quisieron atender, no sé si fue por ser hondureño o porque no tenía dinero. A los vigilantes del hospital les pregunté si podía denunciar lo que pasó con la policía y me dijeron que no, que si denuncias te suben a una patrulla, llaman a los malos y no se te vuelve a ver. Ya no confío en nadie, salvo en las muchachas del chaleco blanco de Médicos Sin Fronteras. Afortunadamente me atendieron y me salvaron la pierna.

REYNOSA (frontera norte)

“Si llego a Estados Unidos quiero ser chef”

Fotos: MSF253589, MSF253586, MSF253585

Mario tiene 18 años y es migrante hondureño. Después de varios días de sufrir amenazas, robos y abusos en diferentes puntos de la ruta migratoria por México, Mario* llegó a un albergue, en Reynosa, Tamaulipas. Hasta el último momento, antes de entrar a este lugar, estuvo en riesgo.

Cuenta que tuvo que convencer al taxista que lo transportaba de la terminal de autobuses hacia el albergue, de que era un entrevistador y no un migrante. “Me preguntó con insistencia si era de otro país, pero le decía que no y le mostraba un cuaderno para que se convenciera de que iba a hacer unas entrevistas”. El taxista que le escudriñó, le confesó que si le hubiera dicho que era migrante lo hubiera vendido a los que secuestran personas en la frontera norte.

Pisar ese albergue fue un alivio para Mario. Llevaba semanas intentando sobrevivir para avanzar hacia Estados Unidos. No tenía ninguna herida en su cuerpo, pero sentía que sí. Con una sonrisa nerviosa, cuenta que tuvo que huir de Honduras porque las maras lo buscaban para matarlo. Había dejado a su madre y se había marchado con una prima, a quien perdió en el camino, justo antes de subirse al tren en Tenosique, al sur de México.

Mientras reparte la comida a los migrantes que están alojados en el albergue, relata el momento en el que tuvo que separarse de su familiar: “Era de noche y no alcanzamos el tren. Nos tocó esperar a que amaneciera. En algún momento aparecieron unos hombres mayores. Le tocaron la cara a ella y a mí me pusieron un arma sobre el brazo, por eso siento a veces que me duele como si me hubieran disparado. A mi prima se la llevaron y la violaron; a mí me correataron hasta que pude escapar. No supe más de ella”.

Mario cuenta que antes ya les habían robado unos niños haciéndoles creer que también querían cruzar. “De un momento a otro se sacaron unas pistolas y nos quitaron todo”.

Cocinar en el albergue le ha ayudado a mejorar su ánimo. Dice que es una de sus aficiones y que le gustaría tener su propio negocio. El menú de hoy es: arroz blanco, tamal y frijol. Cuando le piden un poco más, él les da una ración generosa. Después de terminar de servir, se limpia las manos y continúa. “Es que nos han pasado muchas cosas. Yo todavía no puedo entender cómo llegué hasta acá. Los primeros días fueron duros, estaba triste y no sabía qué hacer. Me sentía encerrado. Entonces se me ocurrió ayudar a preparar los platos. Ahora me encargo de hacer la comida para todos y de servirles”.

Dice que se siente mejor, aunque no sabe cómo va a hacer para cruzar. “Antes de llegar a Reynosa trabajé en una floristería con una señora, pero comenzó a explotarme y me cansé.

Logré ahorrar algo de dinero y solo estoy esperando a que mi tío, que vive en Estados Unidos, me diga cuándo puedo ir, aunque hace rato no sé de él”.

He hablado con las psicólogas de Médicos Sin Fronteras (MSF) porque llegué muy nervioso. Ellas me explicaron los impactos que ha desencadenado en mi salud todo esto que he vivido, incluso antes de salir de mi país. Tratamos varios temas en las sesiones y lo mejor es que puedo contarles cosas que no le he contado a nadie por miedo. Gracias a eso he podido dormir mejor y sentirme menos triste. Pero todavía me parece que tengo un arma puesta en el brazo. Esa sensación se me quedó. Por eso, ahora estamos trabajando en lo que siento físicamente, aunque no tenga ninguna herida visible.

La tarde se va y Mario limpia algunas mesas de la cocina donde abundan las moscas. Le gusta pasar tiempo en ese lugar que le permite poner en práctica su pasión por la comida. Dice que si logra llegar a Estados Unidos le gustaría trabajar en algún restaurante y, quizá, convertirse, algún día, en un verdadero chef.

MSF lleva a cabo un proyecto en la ciudad de Reynosa, Tamaulipas, cuyo objetivo es ofrecer atención médica, psicológica y social, de manera gratuita y confidencial en distintos puntos de la ciudad.

Con el ánimo de promover un modelo de atención integral (médica, psicológica y social) a víctimas de violencia en Reynosa, MSF puso al servicio de la comunidad un consultorio de medicina general, en donde un equipo conformado por un médico, una enfermera y un psicólogo, ofrece atención médica y en salud mental, así como atención para víctimas de violencia sexual.

MSF también cuenta un equipo móvil -un médico, una enfermera y un psicólogo-, que visita de manera regular distintos centros de salud de la ciudad, y albergues para migrantes y refugiados, para apoyar en la atención médica de calidad para la población.

* El nombre fue cambiado por motivos de seguridad.

Casa del migrante

Cuando se ingresa a la Casa Migrante Guadalupe, un albergue temporal para migrantes en Reynosa, México, lo primero que se puede notar es la tristeza y la ansiedad en los rostros de quienes se están allí. Muchos fueron deportados recientemente de los Estados Unidos o se les negó la entrada.

Médicos Sin Fronteras (MSF) ha trabajado en Reynosa desde 2017 atendiendo a víctimas de violencia en la ciudad, y recientemente ha incorporado a sus actividades, la atención para migrantes y para personas recientemente deportadas, brindando atención médica y mental en dos albergues de la ciudad y en el Instituto Tamaulipeco para los Migrantes (ITM).

La situación de cada persona en la Casa Migrante Guadalupe y en el ITM es diferente. Algunos huyeron de sus hogares para escapar de la violencia. Esperaban un futuro mejor, pero ese anhelo desapareció cuando no pudieron llegar a sus destinos finales.

Otros habían vivido por muchos años en los Estados Unidos antes de ser deportados. Fueron obligados a dejar atrás toda su vida. Algunos intentan volver a conectarse con miembros de la familia que no han visto en mucho tiempo, si tienen la suerte de conservar alguna conexión con sus familiares en México.

Las personas recientemente deportadas son recibidas en el Instituto Tamaulipeco para los Migrantes (ITM) de Reynosa

Pablo es una de esas personas deportadas*. Había vivido en los Estados Unidos durante más de 20 años antes de ser deportado a México, un país que abandonó hace mucho tiempo y en donde ahora debe intentar reconstruir su vida.

"Viví en Alabama por más de 20 años. Un día se me hizo una acusación falsa, que no se pudo demostrar, pero aún así me deportaron a México. Mi familia se quedó en los EE. UU. Mi plan es regresar a Veracruz [en México] y ver a mis hermanos de nuevo".

Para cada persona, el viaje en busca de una vida mejor es complicado y peligroso. En una encuesta recientemente realizada por MSF, el 98 por ciento de los migrantes encuestados en Reynosa había vivido una situación violenta. Las situaciones más comunes fueron el robo, el secuestro y la extorsión durante su viaje o justo antes de abandonar su país de origen.

Ruth*, madre de cuatro hijos, salió de Honduras hace cinco meses para escapar de una vida de violencia cotidiana. Su esposo fue secuestrado y aunque fue liberado, su familia tuvo que huir porque sus vidas corrían peligro. Su viaje ha sido muy difícil; tuvieron que dormir en la calle y se enfrentaron a agresiones, pero MSF ha podido ayudarlos con la atención médica y psicológica.

"Como migrantes, arriesgamos todo. Es una situación de ganar o perder. Es muy difícil salir a la carretera, pero nos vimos obligados a hacerlo debido a la violencia y la falta de oportunidades que hacían casi imposible vivir en Honduras".

Aunque sus historias pueden diferir, lo que todos los pacientes que MSF atiende tienen en común, es que su salud mental se ha visto afectada por la incertidumbre y el temor de lo que va a ser de ellos y, para algunos, el temor por quienes se quedaron atrás en los Estados Unidos o en sus países de origen.

"Debido a lo que han vivido, llegan ansiosos, con mucha tensión muscular y problemas para dormir. Están muy preocupados porque no tienen familia aquí o han perdido el contacto con ellos. Dejaron México cuando eran muy jóvenes y sus familias están en Estados Unidos. Su futuro no está claro. Diagnosticamos pacientes con ansiedad y depresión debido a la separación y a la pérdida de una vida estable", dice Nora Valdivia, psicóloga del proyecto de MSF en Reynosa.

El trabajo social incluye la orientación relacionada con el acceso a la documentación básica que no tienen o nunca tuvieron.

Todos los sueños de las personas que han sido deportadas desaparecen cuando llegan a México. Muchos desconocen por completo las leyes, la moneda, las costumbres e incluso el idioma. Y en muchos casos, han pasado por prolongados procesos de deportación.

"Vemos a pacientes que sufren de ansiedad causada por detenciones que muchas veces alcanzan muchos meses, a veces hasta un año entero en centros de detención. Durante su tiempo allí, desarrollan síntomas que afectan su salud mental. Y en el caso de las mujeres, especialmente las que intentaban cruzar la frontera, también atendemos casos de violencia sexual", agrega Nora Valdivia.

Los equipos de MSF proporcionan servicios vitales para todas estas personas, incluidos los servicios médicos gratuitos, las consultas de salud mental y el trabajo social, específicamente relacionada con la orientación para el acceso a la documentación básica que no tienen o nunca tuvieron.

* Los nombres han sido cambiados para proteger la identidad de los pacientes

CIUDAD DE MÉXICO

“Nunca imaginé que iba a sufrir tanto.”

Abandoné El Salvador con muchos sueños. Dejé a mi abuela, mis amigos y mi familia. Quería llegar a México y encontrar un trabajo. Tener una vida mejor, sin discriminación ni odio. No me importó lo que me pudiera pasar, pero nunca imaginé que iba a sufrir tanto.

Llegué a México sin apenas dinero y una persona me ofreció ayuda. Lo que hizo fue venderme a una. En Chiapas me tuvieron encerrada, solo me daban agua, gelatina o un yogur para no engordar porque tenía que estar delgada para los clientes. Me obligaron a estar por lo menos con cuarenta hombres. Tuve que salir de mi país por la discriminación y por la violencia y que me pasara esto aquí fue muy duro.

Pero iba a ser peor: me trajeron para la Ciudad de México y me encerraron por tres meses. Me escupían, me golpeaban, abusaban de mí. Me tenían desnuda y amarrada. Vi morir a muchas personas ahí donde estaba. Éramos cubanas, hondureñas, salvadoreñas, guatemaltecas.

Un día me golpearon tanto que intenté cortarme las venas. Me llevaron al hospital para que me suturaran. Logré escapar. En la calle pedí auxilio a unos policías. En la comisaría me dijeron que no me podían ayudar. Me sentía muy sola y desprotegida, no tenía dinero.

Estuve en instituciones de ayuda al migrante hasta que me trajeron a MSF. En este centro recibí ayuda médica, psicológica y asesoría legal. Al principio quería morirme. Me lesionaba cada vez que recordaba. Estaba enojada con la vida. Me ayudaron mucho aquí, sin ellos no lo hubiera logrado. Sigo en la ciudad, mi vida corre riesgo todavía, pero ahora todavía tengo ganas de vivir.

Desde 2012, MSF trabaja para mejorar el acceso a la atención médica y psicológica de personas migrantes y refugiadas a lo largo de la ruta migratoria por México, priorizando la asistencia a la población más vulnerable: menores no acompañados, mujeres que viajan solas y personas víctimas de la violencia directa.

Para los casos más graves de personas sobrevivientes o testigos de violencia extrema, tortura, tratos crueles, inhumanos y degradantes, MSF ofrece atención multidisciplinaria (médica, de salud mental y trabajo social) a través de su Centro de Atención Integral (Ciudad de México) y gestiona servicios médicos especializados para su completa rehabilitación.

CENTRO DE ATENCIÓN INTEGRAL (CAI) PARA MIGRANTES EN CIUDAD DE MÉXICO

Entre los miles de centroamericanos que buscan la protección que no encuentran en sus fronteras se encuentran aquellos perseguidos por su condición sexual, por ser considerados “diferentes”. En México, la persecución continúa.

Nunca imaginé que iba a sufrir tanto.

Abandoné El Salvador con muchos sueños. Dejé a mi abuela, mis amigos y mi familia. Quería llegar a México y encontrar un trabajo. Tener una vida mejor, sin discriminación ni odio. No me importó lo que me pudiera pasar, pero nunca imaginé que iba a sufrir tanto.

Llegué a México sin apenas dinero y una persona me ofreció ayuda. Lo que hizo fue venderme a otra. En Chiapas me tuvieron encerrada, solo me daban agua, gelatina o un yogur para no engordar porque tenía que estar delgada para los clientes. Me obligaron a estar por lo menos con cuarenta hombres. Tuve que salir de mi país por la discriminación y por la violencia y que me pasara esto aquí fue muy duro.

Pero iba a ser peor: me trajeron para la Ciudad de México y me encerraron por tres meses. Me escupían, me golpeaban, abusaban de mí. Me tenían desnuda y amarrada. Vi morir a muchas personas ahí donde estaba. Éramos cubanas, hondureñas, salvadoreñas, guatemaltecas.

Un día me golpearon tanto que intenté cortarme las venas. Me llevaron al hospital para que me suturaran. Logré escapar. En la calle pedí auxilio a unos policías. En la comisaría me dijeron que no me podían ayudar. Me sentía muy sola y desprotegida, no tenía dinero.

Estuve en instituciones de ayuda al migrante hasta que me trajeron a MSF. En este centro recibí ayuda médica, psicológica y asesoría legal. Al principio quería morirme. Me lesionaba cada vez que recordaba. Estaba enojada con la vida. Me ayudaron mucho aquí, sin ellos no lo hubiera logrado. Sigo en la ciudad, mi vida corre riesgo todavía, pero ahora todavía tengo ganas de vivir.